

ALOCUCIÓN

Buenas noches Excmo, Sr. Alcalde, concejales, ilustres autoridades, hermandades de Nuestra Sra. La Virgen del Favor y Ayuda, Santísimo Cristo de la Expiración, Sr. Cura párroco, reina y damas de honor de las fiestas, familiares, amigos y allegados, señoras y señores.

En primer lugar quiero agradecerte, Cayetano, la atención de haberme elegido pregonero de estas fiestas, gesto que me hace sentir muy honrado, y felicitarte por tu eficiente y generosa gestión al frente del Ayuntamiento.

Con este pregón quiero exaltar las fiestas de la Virgen del Favor y Ayuda, al Santísimo Cristo de la Expiración, nuestra tierra, los hechos de los hijos nacidos aquí y su evolución hasta el presente.

A fin de disfrutar de esta celebración, que se presenta esplendorosa, creo que hemos de sentirnos deudores, con excepción de determinados reveses de la historia, de lo que han venido haciendo nuestros antepasados. Y para rememorar algunas secuencias que hubieron de influir en su forma de ser y de pensar hemos de remontarnos a sus orígenes.

La Divinidad quiso erigir sobre nuestro suelo un escenario de privilegio al dotarlo de parajes maravillosos en los que situar al hombre primitivo para que sobre este prodigioso tapiz levantara los primeros poblados.

Hace unos doce mil años a decir de los hallazgos encontrados se establecería aquella legendaria tribu de los olcades, que asentados en la Sierra de Haro en la ribera del río Záncara, en el paraje que hasta hace unos años era conocido como el Corral de las Vacas, una especie de circo rocoso casi inexpugnable, rebautizado por mí como Corral de los Olcades, con el tiempo se ramificaría en otros asentamientos de los alrededores como Cabalgador, Castilnuño, Peña Moya, El Cerezo, Giliverte, La Morica y la propia Althea Ibérica, que algunos historiadores sitúan en este municipio.

Aquellos primeros pobladores adoraban al sol, al fuego y a divinidades que presumían ver en efigies y amuletos, sentimientos que irían heredando sus descendientes hasta la llegada de los celtas, de cuya mezcla con los naturales resultaría el pueblo celtíbero.

Con la aparición de los invasores cartagineses y romanos aquellos pobladores acatarían sus creencias y adorarían a sus dioses, y con la llegada de los visigodos abrazarían el Cristianismo, siendo durante la ocupación musulmana cuando no tuvieron más remedio que subsistir y practicar su verdadera fe en secreto.

En esta larga etapa sería cuando el pueblo cambiaría su nombre por el de Fuentebreñosa, con sus habitantes sometidos tanto a las creencias como a las condiciones impuestas por sus ocupantes hasta ser liberados por la gloriosa epopeya de la Reconquista. Una obra en la que los moradores de la Villa, agradecidos y acogedores se volcarían por completo, hasta el punto de que cuando los ejércitos cristianos de Castilla, Navarra y Aragón se dirigían a Andalucía para seguir empujando hacia el sur a los musulmanes y se detuvieron aquí para descansar y reabastecerse, los vecinos de este pueblo, además de proporcionarles todo tipo de ayuda, aportaron un importante grupo de hombres para unírseles en el combate.

Aquellos guerreros hambrientos de conquista que bajaron por una de las veredas que más tarde se transformaría en el antiguo camino de Cuenca, al llegar a los alrededores del estrecho de la Sierra observaron aquellas cuevas y cabañas de sus antiguos pobladores, el río y la laguna, y a uno de sus caudillos, don Diego López de Haro, le impresionaría tanto el paisaje que tras vencer en la batalla de las Navas de Tolosa, el rey Alfonso VIII, como reconocimiento a su ejemplar comportamiento en la pelea, le nombró Alférez Mayor del Reino y conde de estas tierras, en las que después de levantar el castillo permanecería a temporadas ennobleciéndolas con su apellido.

Y no sería sólo Diego López de Haro el que se quedaría en el pueblo, sino otros destacados participantes en la batalla de alta y baja alcurnia, como los Mena, Ruiz, Martínez, González y Cornago, entre otros, quienes al adivinar el apogeo que podría alcanzar el pueblo en el futuro decidieron imitarle, siendo tan bien acogidos que para corresponder a su generosidad, así como para premiar su participación en la lucha agasajarían al vecindario con unos festejos, en los que nacería un gran amor: un sobrino nieto del anterior rey de Navarra, García Ramírez, que había tomado parte como capitán al lado de su rey Sancho VII El Fuerte, se enamoró de una bella joven hija de una de las familias más distinguidas, de cuyo matrimonio surgiría aquella grandiosa saga de intelectuales del Clero, de los que podemos destacar ocho o diez de los catorce obispos y arzobispos que llegaron a nacer en la ya conocida como Villaexcusada, título otorgado por los Reyes Católicos a nuestro pueblo por haberse alineado a su favor contra la otra aspirante al trono de Castilla, la sobrina de Isabel, Juana la Beltraneja apoyada por los marqueses de Villena, Juan y Diego Pacheco, que continuamente no dejaron de hostigar nuestras tierras, siendo derrotados por las tropas de la Villa que luchaban por Isabel en el sitio del Retiro, situado en el camino de Belmonte, entre las huertas y el Cerro de la Horca y las laderas de Santa Bárbara, lugar donde caería herido de muerte Pedro Ramírez, capitán de aquellas huestes y padre del que

fuera uno de los más gloriosos hijos de Villaescusa, Diego Ramírez.

A lo largo de los años aquellos obispos y arzobispos ocuparían las principales diócesis y archidiócesis de la Península, y tras el Descubrimiento de América otras muchas de aquel Nuevo Mundo, destacando unos y otros en ofrecerse a los demás, aunque siempre con la idea de volver aquí de vez en cuando para, en nombre de Dios, y a fin de hacer cumplir sus sueños, erigir los monumentales edificios de la Iglesia, la Universidad, el Convento de Dominicos, la Ermita de las Monjas y muchas otras esparcidas por el término del pueblo. También el palacio que lleva su nombre, conocido popularmente como Casa Grande, el hospital de Santo Tomás, justo aquí al lado en lo que luego sería la posada, La Villeta, el Pósito y varias casas solariegas.

No cabe duda de que las epopeyas de esos personajes que he mencionado, más las de muchos otros que destacaron en los campos de la Literatura y la milicia son dignos de admiración y alabanza, pero no debemos olvidar al sacrificio y esfuerzo al que fueron sometidos los que se quedaron aquí para seguir sacando al pueblo de apuros en todas sus necesidades, epidemias y conflictos.

Unos y otros eran apasionados y soñadores, sí; pero esos sentimientos les estimularon a hacerles creadores y a llenar sus almas de vida y de esperanza.

Con sus actitudes consiguieron dejarnos huellas imperecederas que todavía hoy podemos contemplar en nuestros monumentos, que a pesar de la oposición, aliñada a veces por la envidia de algunos gobernantes como Cisneros decididos a hacer desaparecer nuestra grandeza, aún perduran.

Quienes les fueron sucediendo sufrieron situaciones terribles y muchos claroscuros, en aquel prolongado caminar, pero con infatigable sacrificio y tesón consiguieron mantener en pie, e incluso ampliar aquella herencia histórica monumental.

A unos les capacitó Dios de talento y sabiduría, y en su nombre les erigió como promotores de difundir su doctrina en aquellos escenarios a los que no llegaba su palabra, y a otros les encomendó luchar para que no se vinieran abajo y siguieran iluminando los espacios que el tiempo y las circunstancias querían oscurecer.

Algo que ninguno de nosotros nos perdonaríamos es olvidarnos de los que por haber pasado a la otra vida esta noche faltan físicamente de nuestro lado. Pero eso no ocurre, ya que sus almas parpadean en nuestras mentes acercándonos al devenir de sus actos.

¡Vaya para ellos nuestro más emotivo recuerdo!

Otra de las virtudes de las que dotó el Señor a aquellos insignes villaescuseros fue la del amor a nuestra tierra, que no importa que en ocasiones haya sido pobre, árida e incluso hostil, pero que para nosotros es grandiosa.

Sus hijos han luchado por mantener siempre con orgullo aquel suntuoso legado divino y en recompensa Él les ha guiado por buen camino y concedido privilegios.

Y de eso también tenemos constancia nosotros porque lo hemos vivido en los duros años de la posguerra, o nos lo han contado nuestros padres o nuestros abuelos.

Un buen día, por determinadas razones de la vida, al igual que lo hicieron aquellos hombres hacia nuevos destinos, muchos de nosotros también hubimos de salir. Pero, ¿cómo quedaron nuestros seres queridos?

Algunos con los que hubimos de compartir aquel ambiente, con los únicos recursos de un extenuado trabajo en las distintas labores del campo o intramuros, aliñado de hambre, sudor, fatiga y desesperanza; sinsabores de los que se liberaban un tanto los mayores en sus reuniones de asueto en las trasnochadas, en las que se hablaba de la guerra, del maquis o de la situación de precariedad en la que se desenvolvía el país, y los jóvenes saliendo a jugar al fresco en la calle si era verano o disfrutando haciendo bolas de nieve o yendo a la escuela en invierno.

Por fortuna aún nos acompañan esta noche unos cuantos de esos villascuseros tan humildes como valientes ,aunque la mayoría han ido desapareciendo allá y acá, sin que eso signifique que ni a unos ni a otros los hayamos olvidado. Les recordamos con nostalgia y agradecimiento, porque ellos han supuesto un peldaño más en la escalera que nos eleva a esa balconada desde la que seguimos vislumbrando paisajes de ensueño.

De todos ellos, y como inconmensurable agradecimiento a su inigualable obra, indebidamente valorada, deseo destacar a la mujer. Dirijo mi homenaje a las mujeres de Villaescusa, tanto a aquellas madres acomodadas, nobles, que traían a sus hijos al mundo para criarlos y educarlos hasta adquirir una gran formación, esos hijos a los que les hubiera gustado, además de regir diócesis, hacerlo con la universidad de nuestro pueblo, pero que hubieron de conformarse con destacar como insignes colaboradores en las de Bolonia, la Sorbona y como rectores, al menos cuatro de ellos de la de Salamanca, esas madres que estaban destinadas a no disfrutar de ellos, ni siquiera en muchos casos a volver a verlos, como a aquellas otras humildes, madres del pueblo llano que no sólo sufrirían la ausencia de sus criaturas, sino que, sin lo necesario para afrontar las enfermedades y el hambre, se tenían que ir con su marido a segar, vendimiar, coger aceituna o ayudarle en cualquier otra labor del campo, la huerta o la era, y al regresar al anochecer ir a buscar el agua a la fuente, lavar la ropa en las Balsas o el arroyo, preparar algo de cena,

disponer de la comida para el día siguiente y arreglar la casa.

¡Pobres madres que sólo podían soportar esta ingrata y descomunal carga apoyadas en la fe y la esperanza de que Esa otra del Favor y Ayuda las alentara a seguir!

¡Vaya por ellas y por vosotras que las representáis, que sois sus herederas, este caluroso homenaje de reconocimiento y agradecimiento!

No quisiera omitir tampoco la trascendental gesta de aquellos hombres y mujeres que en nombre de nuestro pueblo y nuestra Patria lucharon y murieron en las guerras de la Reconquista contra los musulmanes, de Sucesión, de la Independencia contra los franceses, Carlista, Cuba, Filipinas, África y Civil, ni olvidar la abnegada entrega hacia nosotros de nuestros mayores, humildes sabios del día a día, maestros y médicos, entre los que quiero destacar la ingente labor desarrollada por Lourdes, que tal vez inspirada en la heroica acción de su paisana Agustina de Aragón ha dado lo mejor de su vida con humildad y generosidad a los habitantes de nuestro pueblo.

Y volviendo a nuestra querida madre tierra, nosotros también la amamos y la llevamos en el alma; hemos luchado por abrirnos nuevos caminos, conscientes de que a ese sueño le ha despertado el afán de volver a percibir ese prodigioso perfume que desprende este lugar que nos ha visto nacer, y junto a la madre que nos amamantó,

nos arropó, quitó el frío y nos educó, ahora está esperando nuestra respuesta de lo que podemos hacer por ella.

Si aún en posesión de esas virtudes, de alguna manera nos sentimos huérfanos de percibir algo que consideramos primordial e imprescindible que yace en sus entrañas, tomemos algunos de esos viejos caminos o senderos hoy solitarios y entonces llenos de vida que se adentran en los montes, aldeas, ermitas y casas de campo abandonadas o derruidas inmersas en la soledad, y aunque no encontremos a nadie siempre lo haremos si acudimos al recuerdo, que atraería a nuestras mentes las figuras de todas aquellas personas que araban las tierras, cuidaban de las viñas, los olivos, los rebaños y realizaban toda clase de labores, secuencias que nos hacen revivir lo que sugerían sus miradas, el calor de sus sonrisas, el eco de sus voces, y hasta su forma de andar y de vestir en estos en apariencia desnudos paisajes a los que, con nuestra presencia volvemos a dar algo de aliento.

En este período de fragilidad que atravesamos alguien puede pensar que tendemos a desaparecer, que Villaescusa se enfrenta a etapas difíciles, pero no olvidemos lo que les tocó vivir a nuestros antepasados en tiempos de dificultad, recordemos a quienes hubieron de sufrir los zarpazos de la vida, de la historia. Lo hicieron con lealtad, nobleza y gallardía. No se amilanaron, tal vez en la creencia de que nada ni nadie les iba a poder

arrebatar la tierra y todo lo que encierra y lucharon por mantenerse y salir de aquella endémica situación.

Hoy, los que estáis al frente de la responsabilidad de regir el pueblo lo estáis haciendo muy bien, sin duda asesorados por vuestros antecesores que han dejado inequívocas muestras de su espléndida gestión, en la confianza de entregar a quienes un día os releven ese grandioso legado que recibimos. Para que no deje de cumplirse este fin, y quienes nos sobrevivan puedan seguir disfrutando de él, pienso que nuestro sueño ahora debería ser el de caminar todos juntos hacia un entendimiento sin prejuicios, y aunque por efecto de la despoblación la Villa tienda a debilitarse y perder ciertos privilegios, siempre quedaremos nosotros y nuestros descendientes para luchar porque se mantenga su grandeza.

De ahí que os anime a que no os rindáis para hacer que todo ese patrimonio histórico, intelectual y de amor a Dios y a España no decaiga, y que la falta de recursos humanos y económicos no sean obstáculo para que nuestro esfuerzo espiritual se imponga por encima de todo, y haga permanecer viva en quienes nos sucedan la distinción que ha supuesto para nosotros ser hijos de Villaescusa.

¡Villaescusa! ¡Tierra del alma! ¡No llores porque alguien te considere abandonada! ¡Tú jamás estarás sola! ¡Tu historia y tus hijos de hoy y del mañana, te seguirán regando de sentimientos para enaltecerte de gloria y hacerte mantener viva y floreciente sin que plaga alguna consiga marchitarte!

Que estas fiestas sean motivo de encuentro fraterno para todos nosotros; de alegría, esperanza y felicidad; que nos sirvan para fortalecer nuestro cariño y nos alienten a mirar con optimismo nuestro futuro. Y apoyados en la fe a nuestras creencias, principios y actitudes intentemos acercarnos a beber de la misma agua, de la misma fuerza que ha dotado de gloria a cuantos nos han precedido desde hace milenios, y para ello, al igual que esa luz ilumina este escenario, la fuerza de nuestro sentir por Ti querida Madre del Favor y Ayuda, atraviese esos muros y nos haga percibir el fulgor que emite tu figura, nos arrope contra todo peligro y cubra de amor y gracia nuestras almas.

¡Espejo que nos ilumina y enaltece, es posible que la ilusión de nuestras miradas por presenciar un mundo mejor se diluya como lo hace el brillo de las estrellas fugaces en el firmamento. Pero nuestra fe en nuestra Madre la Virgen del Favor y Ayuda y nuestro Santísimo Cristo de la Expiración se impondrá a ese fantástico juego de luces y transformará en realidad nuestros sueños!

¡Viva la Virgen del Favor y Ayuda!

¡Viva el Cristo de la Expiración!

¡Viva la reina de las fiestas y sus damas de honor!

¡Viva Villaescusa de Haro!

Muchas gracias, y felices fiestas para todos.

